



Dña. Beatriz Vinueza González, Delegada de la XVI Promoción del Master en Matrimonio y Familia. Acto de graduación, 9 de junio de 2017

Excelentísima Sra. Vicerrectora,  
Ilustrísimas autoridades académicas,  
Estimado claustro de profesores y personal administrativo,  
Queridos compañeros de promoción, familiares, amigos y acompañantes:

Antes que nada, quiero agradecer profundamente a mis compañeros de promoción el que me hayan otorgado el honor de dirigir unas palabras en representación del grupo.

Al pensar en lo que desearía transmitirles acerca de la rica experiencia que hemos vivido en estos dos años, me remonto a los días previos, en los que analizaba la posibilidad de sacar una maestría.

Recuerdo que, cuando culminé mis estudios universitarios, afirmé que nunca más regresaría a los libros: debía sumergirme en la vida real y vivir las experiencias profesionales sin tanto estudio; es decir, dejar de prepararme y empezar a actuar. Mi profesión es la arquitectura y mi objetivo era manejarme profesionalmente en ese ámbito. Pero Dios tenía otros planes para mí, aunque yo no lo sabía en aquel momento.

Al conocer a mi futuro esposo, mis planes cambiaron rotundamente: dejé mi familia, mi país y mi vida tal y como la conocía, para aventurarme en el proyecto más importante de mi existencia; un proyecto que, en esos momentos, quizá no captaba del todo; sólo sabía que el amor que sentíamos era tan profundo que no podía pensar mi vida de otra manera. Ese vínculo que establecimos y por el cual nos convertimos en “una caro”, ahora, después de muchas noches en vela, lo entiendo perfectamente.

La pasión por la arquitectura, para mí, se basa en la increíble posibilidad que tenemos de transformar el espacio vacío que se nos ofrece. Cada proyecto es un nuevo reto, y la creatividad es esencial; pero eso no se compara en lo más mínimo cuando la transformación se ejecuta en la vida de pequeñas personitas, ávidas de conocimiento y a las cuales podemos ayudar a completar su formación; eso fue exactamente lo que experimenté, cuando la vida me enfrentó a la docencia.

Me vi incapaz de poder seguir con el reto profesional que tenía por delante sin estudiar, para poder entender la mejor manera de acompañar a mis alumnas a adquirir virtudes y herramientas que las hicieran capaces de conquistar el mundo.

Debía entender muy bien la antropología del ser humano, de eso se encargó el profesor Sellés bastante bien; debía aprender de los períodos sensitivos de su desarrollo y, lo más importante, debía estudiar la familia, pues es en la familia donde se forja el ser humano, único e irrepetible.

Fue así como llegué a matricularme en el Máster de Matrimonio y Familia, y con ilusión inicié esta aventura.

Recuerdo haberlos contactado a todos ustedes para conocernos virtualmente y apoyarnos en el estudio.

Aprendimos de cada uno. Nos apoyamos en los consejos que nos dio nuestro queridísimo Pater Marcio; cuando el profesor Bañares, cuando nos introdujo en los conceptos básicos fundamentales, para poder entender la realidad de la persona, su sexualidad, el matrimonio y la familia; y en los estudios de derecho canónico: qué importante fue tener la perspectiva de un sacerdote, que además, al mismo tiempo, era nuestro compañero.

Conocimos a nuestro queridísimo padrino en una asignatura bellísima, como es la Teoría General del Matrimonio, y fue con el cercano acompañamiento del profesor Escrivá, que nos incursionamos en el estudio de “Una Caro”; libro que luego fue de consulta obligada, en casi todas las asignaturas del Master.

El profesor Escrivá nos abrió una inquietud insaciable en los temas concernientes a la esencia, causas, propiedades y fines del matrimonio, básicos para entenderlo correctamente.

Los foros fueron especialmente atractivos, con la participación de Christian y sus aportes tan enriquecedores.

A lo largo de los días, las semanas y los meses, encontrábamos los comentarios de Mita a primera hora del día, pues ella en Filipinas nos llevaba la delantera en el tiempo, especialmente en bioética, con las búsquedas de cada artículo: nos hacía candentes los temas propuestos por el profesor Pardo.

En estos dos intensos años, hubo de todo, ¡hasta dos bebés!: Lunita, hija de Vicky, y Antonio, hijo de Diana. Fio, que acaba de casarse, y también nos preocupamos -y rezamos- por la salud de Dani, la hija de Gissela.

Extrañamos a los que hoy no nos acompañan, Tuby, Jenny, Francisco, Menchu, Diana, Gissela, y el Padre Louis-Marie: siempre serán parte de esta estupenda y

unida generación, estoy segura de que la amistad que hemos forjado nos acompañará para siempre. Estaremos conectados todos, desde diferentes trincheras, con el ideal común de transmitir lo aprendido.

Los profesores nos hicieron sacar lo mejor de nosotros mismos. Recuerdo con especial cariño las palabras del profesor Viladrich, al calificar mi trabajo de Estructura y Dinámica del Amor conyugal, en el cual me retaba a dar más de lo que había dado:

*...Al leer su segundo ejercicio me ha parecido que usted, como tacaña escocesa hábil, se me ahorra el esfuerzo de construcción y se aprovechaba de su indudable talento para sobrepasarlo con dignidad y, como dicen los toreros cuando no se la juegan, con "faena aseada". Pero usted da mucho más de sí. Es una pena que no le apriete las clavijas a su talento.*

Por supuesto, acepté el reto y traté de poner más dedicación a mi estudio, tanto en esa asignatura, como en otras que también demandaban mucha atención. Ese "regañón" del profesor Viladrich nunca lo olvidaré, y lo recordaré como una lección de vida, para impulsarme a dar siempre más de mí misma.

Hemos debido balancear el estudio con el trabajo, las labores de la casa y la familia, a quienes por cierto quiero dar un enorme agradecimiento público, pues de no ser por sus apoyos y sus ánimos, quizá hoy no estaríamos aquí, quisiera destacar especialmente el de mi esposo.

Con mis dos hijos, Leonardo y María-Beatriz, discutía los temas que estudiaba para conocer sus opiniones y darme una idea de lo que pueden asimilar los muchachos a sus cortas edades.

Más de una vez recibí lecciones increíbles por parte de ellos, como cuando conversé con mi nena, próxima a graduarse del colegio, sobre el ambiente tan hostil al que deben enfrentarse los chicos al llegar a la universidad.

Mi inquietud era qué hacer ante el hecho de que la juventud pierde su fe al verse presionado por el medio, al ser atacados frontalmente por sus creencias. A lo que ella sin mucho pensar me contestó:

*"Mami, uno no pierde lo que nunca tuvo".*

Me quedé con la boca abierta: qué cierto es esto, no podemos perder lo que no nos pertenece, lo que no nos es propio.

Eso me confirmó una vez más la necesidad de llegar antes, que la educación y la formación se forja desde el día en que nacen nuestros hijos: si queremos que sean personas recias, debemos enseñarles que las cosas cuestan, que todo

exige esfuerzo y que siempre debemos ir por la vida con los pies bien puestos en la tierra, y con la mirada en el cielo, pues esta es la meta que todos debemos ambicionar, ¡ganarnos el cielo!

No puedo dejar de recordar tampoco los momentos de muchísimo estrés que hemos pasado, viendo la cantidad de trabajos y exámenes y pensando que no lo íbamos a lograr, porque, además, al mismo tiempo teníamos mucho trabajo profesional entre manos.

También hemos compartido momentos inolvidables, como los del presencial pasado, cuando por fin pudimos conocernos cara a cara, y compartir la experiencia de cada uno en sus realidades diferentes, procedentes de países distintos, pero con una misma urgencia: aprender más sobre la familia, para poder apoyar la formación de muchas personas, en este tiempo en que la familia es el blanco de tantos ataques.

Ataques, ante los cuales muchas veces me he sentido incapaz de enfrentar, pero han venido a mi memoria las palabras de san Josemaría Escrivá de Balaguer:

*“Dios suele buscar instrumentos flacos para que aparezca con clara evidencia que la obra es suya”.*

Sepamos que nada es por casualidad; hemos llegado al Master por la Providencia, por el querer de Dios, que nos necesita formados para poder transmitir esos conocimientos en nuestras respectivas sociedades, donde tenemos cada uno una gran responsabilidad.

Se nos ha encargado nuestra familia, nuestros hijos, nuestros amigos, nuestros alumnos, nuestros compañeros de trabajo...; es decir, todos los que se relacionan con nosotros. En todos ellos influimos, incluso comunicamos aun sin hablar, por lo que hemos de actuar con coherencia, para que nuestra vida refleje la unidad de vida propia de un cristiano, siempre hijo de Dios.

Hemos aprendido mucho y tenemos las herramientas para poder debatir con razón un sinnúmero de tendencias que quieren destruir la familia; ya nos lo recordaba el Papa Francisco: “Destruída la familia, destruida la sociedad”. Bien vale darle la vuelta al silogismo: “Construida la familia, construida la sociedad”.

Hoy salimos de aquí con moral de victoria, conscientes de la dureza que en algunos casos presenta la realidad en la que vivimos. Pero sabemos que la lucha se hace paso a paso, uno a uno, conscientes -insisto- de la responsabilidad que tenemos sobre nuestros hombros, seguros de la verdad, y dispuestos a hacer el cambio.

Para terminar, deseo que reflexionemos sobre un punto de *Camino*, que siempre

me ilusiona y a la vez me compromete tremendamente:

*“Que tu vida no sea una vida estéril – Sé útil. Deja poso. – Ilumina, con la luminaria de tu fe y de tu amor.*

*Borra, con tu vida de apóstol, la señal viscosa y sucia que dejaron los sembradores impuros del odio. –Y enciende todos los caminos de la tierra con el fuego de Cristo que llevas en el corazón”.*

¡Muchas gracias!